

LA COMPRENSIÓN DEL FENÓMENO “ANNALES” COMO HISTORIA SOCIAL DEL ANÁLISIS ESTRUCTURAL-COYUNTURAL

José Manuel Pérez García

LA identificación de la historiografía de “Annales” y de otras manifestaciones afines como *historia social del análisis estructural-coyuntural*, no es para nosotros sino una fórmula deliberadamente compleja en la que al combinar ciertos términos claves, nos presenta la ventaja de recoger aquellos elementos que mejor definen a unas formas de entender el oficio de historiador y a nuestra disciplina; también porque consideramos casi imposible encontrar la palabra que pueda encerrar por sí sola su riqueza de contenido. Al mismo tiempo, nace del convencimiento, que esperamos probar, de que las denominaciones hasta ahora ensayadas presentan notables limitaciones y se prestan a no pocos equívocos. Lejos de nosotros el intentar una nueva denominación; entiéndase simplemente como un pretexto para desarrollar una reflexión personal del fenómeno.

Empecemos por indicar que aquí vamos a entender bajo este epígrafe a todo un compendio de corrientes renovadoras, surgidas a lo largo del presente siglo —casi diríamos en su segundo tercio— que han contribuido de manera decisiva a transformar nuestro mundo histórico. Esta renovación creemos que tiene como base a un país, Francia,¹ y a una escuela, “Annales”, aunque esta escuela no lo es todo, ni tampoco podría hablarse tal vez de escuela sino de escuelas.² Desde el país galo, y quizás el Congreso de las

¹ Como muy bien ha señalado el profesor Eiras Roel, A., “La enseñanza de la Historia en la Universidad”, en volumen colectivo: *Once ensayos sobre la Historia*. Madrid, 1976, págs. 201-202, “El liderazgo de la renovación histórica que ha asumido la escuela histórica francesa resulta difícil de ignorar y parece universalmente reconocido”. En este sentido admite que ha tomado la antorcha y el relevo a la escuela histórica alemana.

² Afirmación categórica de Goubert: “una Escuela de Annales, decididamente no”. Vid. Goubert, P., *Clio parmi les hommes*. Paris, 1976, pág. 7. Nuestro compañero Fernández Albadalejo nos ha comentado en más de una ocasión la existencia de renovaciones similares en la historiografía alemana e inglesa de la época que aquí no analizaremos por propias limitaciones personales. Por razones de formación y de Escuela nos concentraremos en la historiografía francesa preferentemente.

Ciencias Históricas de París de 1950 sea una fecha a recordar, estas ideas nuevas invaden con mayor o menor rapidez al resto de los países europeos, preferentemente occidentales, aunque no exclusivamente —baste recordar a un Kula o un Topolsky— e incluso se proyecta en Estados Unidos al decir de Le Goff y con toda seguridad en Hispanoamérica (recordemos a C. Cardosos, N. Sánchez Albornoz o M. L. Marzilio entre otros).^{2 bis}

¿A qué viene nuestro atrevimiento y osadía por este nuevo bautismo que no pretende serlo? ¿Por qué no llamarle “Annales”, la nomenclatura más extendida? ¿Por qué no aplicarle el apelativo de “Nouvelle Histoire” como se ha pretendido recientemente? ¿Por qué no admitir el calificativo de “serial” como propugna Chaunu? ¿Por qué no, en fin, el de “escuela histórica francesa”, término utilizado por Braudel o Labrousse? Como podemos apreciar no le han faltado bautismos, más bien diríamos que demasiados. ¿No estaremos ante un parto múltiple? En cualquier caso, esta proliferación manifiesta, a nuestro modesto entender, las dificultades inherentes a la hora de querer traducir a una fórmula simple lo que en sí es rico y complejo. Rico, complejo, pero también dinámico; no debe sorprender que frente a la estabilidad de los órganos que han servido de encuadre a otras escuelas, “Annales” se nos presenta con una inestabilidad muy significativa en su medio siglo de historia.³

En efecto, *Annales* sería una fórmula cómoda, respetuosa de los deseos de sus fundadores y no demasiado discutible. El problema empieza a plantearse cuando se piensa que no hubo un fundador sino dos —Lucien Febvre y Marc Bloch— y que ambos, aunque detentaban puntos comunes evidentes, presentan, como investigadores prácticos, dos maneras distintas de entender y desarrollar la investigación. No sorprenderá, pues, que incluso se haya indicado que en realidad en 1929 no se funda una escuela sino dos.⁴ El otro peligro consiste en reducir la escuela de *Annales* a aquellas

^{2 bis} Para un análisis completo de la influencia de la Escuela de Annales en los países anglosajones puede verse Gil Puyol, J., “Recepción de la Escuela de Annales en la historia social anglosajona” *Fundación Juan March*, Serie Universitaria, n.º 207, 1983.

³ “¡Qué gusto por el cambio! Primero se llamaron ‘Annales d’Histoire Économique et Sociale’. Después ‘Annales d’Histoire Sociale’. Más tarde ‘Mélanges d’Histoire Sociale’. Y ahora ANNALES sin más”. Vid. Febvre, L., *Combates por la Historia*. Barcelona, 1970. Comienzo del famoso Manifiesto del autor de 1946. ¡Qué contraste con la estabilidad secular de *Revue Historique*, por ejemplo!

⁴ Para Mairret las diferencias entre los fundadores de Annales son claras, y de ahí que hayan engendrado no una sino “dos vías históricas casi paralelas en sus principios respectivos”. La una iría de Febvre a Braudel y la otra de Bloch a Labrousse y Vilar. Es así que para Mairret “si se dice que no hay escuela histórica francesa, es justamente porque los fundadores no han fundado una, sino dos”. Vid. Mairret, G., *Les discours et l’histoire. Essai sur la représentation historique du temps*. París, 1974,

figuras señeras a las que se suman unos cuantos nombres más, olvidando que detrás de ellos hay auténticas escuelas y numerosos discípulos que vuelven ingenuas las generalizaciones de algunos críticos.⁵ También es fácil confundir la revista con la escuela, con lo que a veces la corriente queda transformada en una visión caricaturesca.⁶ Algunos de los que creemos conocer un poco desde fuera esta historiografía francesa desde nuestro ángulo reducido de modernistas, opinamos que lo más positivo de la misma no está tanto en los artículos incluidos en las páginas de *Annales*, de muy

pág. 36. En realidad esto sigue siendo una simplificación no del todo esclarecedora, Como muy bien indicaba un joven miembro de la historiografía francesa, B. Vincent, en una conferencia pronunciada en Santiago de Compostela en 1979, lo que destaca del panorama historiográfico francés es la pluralidad de escuelas. Recordemos a este respecto la anterior cita de Goubert.

⁵ Mencionemos la profecía de Fontana en 1974 sobre que la hora de Annales ya habría pasado. La crítica a Annales se reduce prácticamente a los fundadores más Braudel, Chaunu y Le Roy Ladurie convertidos en centro de sus andanadas. Ni se puede reducir Le Roy Ladurie al *Territoire de l’historien*, olvidando o silenciando sospechosamente su obra capital sobre el Languedoc, ni se puede criticar a Chaunu reduciéndolo a *Séville et l’Atlantique* o a *Histoire science sociale*. Fontana tiene que conocer, aunque se lo escamotea al lector, que Chaunu en su paso por Caen primero y París después, ha desarrollado una labor de dirección fundamental en el campo demográfico y más tarde en el de las mentalidades. Tan sólo los atisbos geniales en el primero de dichos terrenos, quizás el menos importante en su haber desde una perspectiva actual, bastarían para admirar la riqueza de sus planteamientos. Fontana quiere hacernos reducir la labor investigadora a los jefes de equipo, olvidando al equipo mismo, lo que para una moderna planeación de la investigación supondría desconocer sus bases más profundas. Vid. Fontana, J., “Ascens i decadència de l’escola dels Annales”. En *Orígens del capitalisme*. Barcelona, 1974.

⁶ Quizás sea esto lo que lleva a Fontana a excluir de Annales a figuras como Labrousse, Goubert, Meuvret o Vovelle. Como muy bien señalan Revel y Chartier: “la escuela muy pronto ha desbordado la revista y las instituciones”. Así señalan que Labrousse ha escrito poco en la revista, pero “por su obra y por las direcciones de investigación que ha abierto se sitúa en el corazón de la red intelectual que se identifica a los Annales”. En cualquier caso, discípulos suyos como Furet, Daumard, Bergeron, etc., sí son asiduos en las páginas de *Annales*. Vid. Revel, J.-Chartier, R., palabra *Annales* incluida en *La Nouvelle Histoire*. París, 1978, pág. 29. En cuanto a la exclusión de Goubert bastaría con leer su propia introducción a *Clio parmi les hommes*, escrita en 1774, para comprobar lo mucho que le une a sus “amigos” de Hautes Études y de los Annales, de cuyo seno, nos dice, se “ha preparado, discutido, escrito, con algunas notables excepciones, casi todo lo que merece ser leído y meditado de la producción francesa desde hace casi medio siglo”. Además, las páginas de *Annales* en 1952, 1958 y 1965, han dado cabida a otros tantos artículos suyos. Fontana parece olvidar también que Goubert fue presidente de la *Société de Démographie Historique* que edita desde 1964 los “Annales de Démographie Historique”, una especie de hermana menor especializada de *Annales*. Para qué continuar con los Jacquart, Lachiver, Croix y otros grandes discípulos directos de Goubert, cuyas firmas aparecen con frecuencia en las páginas de la revista. Vid. Fontana, J., *Historia. Análisis del pasado y proyecto social*. Barcelona, 1982, pág. 200.

desigual valía, tendencias y nacionalidades, sino en un rosario muy numeroso de Tesis de Estado, realizadas tras largos lustros de investigación y convertidas luego al ser publicadas en obras modélicas. Por último, *Annales* no lo es todo, ni siquiera en la renovación historiográfica francesa. Aun dejando de lado el arduo problema de integrar o no en el grupo a la corriente renovadora marxista francesa, hay nombres fundamentales como L. Henry o R. Mousnier, por citar sólo a alguno, que quedarían descolgados, lo que supondría una gravísima mutilación. Por lo demás, tampoco comienza todo en 1929 con la fundación de *Annales*; dejemos a Chaunu, muy dado a las rupturas, hablar de profundas mutaciones a corto plazo.⁷ Existen muchas cosas antes de *Annales*, como probaremos, que no deben ser descuidadas so pena de no entender siquiera al grupo que impulsa la revista. Ello no quiere decir que devaluemos el papel real que juega en el conjunto de la renovación histórica; sencillamente queremos señalar que hay otras cosas que hacen precisamente viable la experiencia *Annales* y la convierten, quizás, en el elemento más dinamizador de dicho conjunto.⁸

En cuanto a la denominación de *Nouvelle Histoire*, creemos que supone un intento reciente y frustrado que no acabó de cuajar. En efecto, en 1978 y bajo la dirección de Le Goff, Chartier y Revel, una obra conjunta titulada *La Nouvelle Histoire* acogía en sus páginas casi a lo más granado de lo que podríamos llamar la renovación generacional de la historiografía gala (Le Goff, Vovelle, Bois, Revel, entre otros). No debió ser una simple concesión al "gancho" editorial, porque en 1980 G. Gadoffre convocaba en Loches a lo más selecto de la historiografía mundial actual bajo el título genérico de *Y a-t-il une nouvelle histoire?* Allí quedó claro lo infeliz de la expresión y la necesidad de desterrarla.⁹ Abandonemos la

⁷ "La historia todavía vigente, la historia de cuyas experiencias continúa nutriéndose nuestro trabajo de investigación es posterior al entorno de los años 1929-1933.... Todo comienza sobre el horizonte de 1929-1930". Vid. Chaunu, P., "Les dépassements de l'histoire quantitative. Rétrospection et perspective". *Mélanges de la Casa Velázquez*. T. VIII, 1972, pág. 650. Creemos que en este caso, el exclusivismo cuantitativista lleva al autor indicado a esta conclusión que creemos exagerada.

⁸ Como muy bien ha señalado Morazé, un sabio no inventa sólo, sino que toda invención se inscribe en un momento antes del cual hubiera sido imposible, de tal manera que esta invención "...es el fruto de una maduración del medio capaz de suscitarlo". En este sentido, piensa Morazé, la historia equivale a una "sucesión de ajustes colectivos" de manera que sólo se supera un estadio cuando un puñado importante de pensadores dispone de un "conjunto determinado de facultades operativas". Vid. Morazé, Ch., *La lógica de la Historia*. Madrid, 1970, pág. 149.

⁹ Gadoffre señalaba, con razón, que era discutible llamar "Nouvelle Histoire" a tendencias y métodos que se "remontan a los años veinte y a la fundación de *Annales*" (pág. 3). Laslett, más contundente, se pregunta si hay una historia nueva y he aquí su respuesta: "no desde mi punto de vista. Me inclino a creer que no puede haber una historia nueva salvo en términos familiares" (pág. 46). Agradezco al profesor Eiras

tendencia muy humana pero poco científica hacia lo nuevo, lo pionero, lo revolucionario, etc. que la mayor parte de las veces ni es nuevo, ni pionero ni revolucionario.¹⁰

Más consistente nos parece la fórmula acuñada por P. Chaunu de *historia serial*, lanzada en 1960 y aceptada poco después por Braudel (1963) y otros como Furet (1971). La expresión tiene una notable adecuación por cuanto recoge una de las revoluciones más capitales de nuestro siglo, cual es la superación del hecho singular e irreplicable por el hecho repetido y recurrente integrable en cortas o largas series homogéneas;¹¹ revolución del hecho histórico, aspecto sin duda fundamental. El problema de fondo es que esta nomenclatura surge en el seno de la polémica con los economistas de las contabilidades nacionales y era una forma que Chaunu ideaba para distinguir la historia cuantitativa incompleta de aquellas otras que hacían un uso sistemático y total de la cifra.¹² Así corremos el peligro evidente de asimilar corrientes renovadoras con historia cuantitativa, lo que constituye una clara exageración. Por esta vía tendríamos que excluir al mismísimo L. Febvre y, lo más sorprendente, al propio Chaunu de los años setenta y de lo que va de los ochenta, años en los que nos ha bombardeado literalmente con libros cualitativos en su casi totalidad.

Por último, tampoco es infrecuente denominar esta renovación como *escuela histórica francesa*. Así lo hace Braudel en 1950 en una expresión de pasada y sin ánimo de fijar una nomenclatura precisa.¹³ Nuevamente en el primer coloquio de Saint Cloud (1965), E. Labrousse aplica esta fórmula a la historia surgida de Febvre, Bloch y Lefebvre, y de una manera muy especial a la de los dos últimos.¹⁴ Esta nomenclatura, a pesar

Roel el que me haya proporcionado un ejemplar mecanografiado de las comunicaciones allí presentadas y por cuyo orden se cita aquí.

¹⁰ Además, nos puede llevar a una escalada de adjetivos en que muy pronto nos sentiríamos encerrados. Así Noth en los años sesenta presenta una "nueva historia económica", en los setenta una "novísima historia económica". ¿Qué nos depararán los años ochenta? ¿Una especie de super o sublime historia económica?

¹¹ Sobre las bases lógicas y teóricas que llevan al acontecimiento a convertirse en rango de signo y sobre el soporte temporal que le permite precisamente su seriabilidad, vid. Mairet, G., *Le discours...*, op. cit., págs. 40-42.

¹² Vid. Chaunu, P., "L'histoire sérielle. Bilan et perspectives". *Revue Historique*, 1970, págs. 297-299. Aquí se definía la historia serial como aquella que busca "el elemento integrable en una serie homogénea, susceptible de ser tratada con procedimientos matemáticos clásicos. Una historia que persigue el material preestadístico y busca el hecho repetido".

¹³ "Quizá sea ese haz de posibilidades el que confiere su fuerza a la *escuela histórica francesa* de hoy, ¿escuela francesa? Un francés apenas se atreve a pronunciar esta palabra... y, sin embargo, vista desde el extranjero, nuestra situación no parece tan compleja". Vid. Braudel, F., *La Historia y las ciencias sociales*. Madrid, 1968, pág. 44.

¹⁴ De Lefebvre y Bloch habrían arrancado un conjunto de sugerencias y de orientaciones que "han formado la historia social de hoy". Vid. Labrousse, S. y otros, *L'His-*

del peso específico de sus autores, tampoco nos parece aconsejable porque ni podemos referirnos a una escuela ni al territorio francés. Además implica la posibilidad de un confusiónismo con la escuela histórica alemana que es precisamente la antítesis del tipo de historia que ahora nos ocupa.

La fórmula que proponemos, *historia social del análisis estructural-coyuntural*, evita la inclusión de adjetivos problemáticos y la asimilación exclusiva a Francia, aunque somos conscientes de la hegemonía de este país en el origen y desarrollo de la misma. Sí incluye, en cambio, las cuatro palabras que en síntesis encierran lo fundamental de esta renovación. En efecto, estamos ante una *historia social* y no es ninguna casualidad que esta palabra nunca haya dejado de presentarse en los diversos títulos de *Annales*. Con esta asimilación de la historia hacia lo social, los fundadores de *Annales* pero también, y sobre todo, G. Lefebvre, enlazaban con la mejor tradición de la historiografía francesa.¹⁵ Sobre este punto el acuerdo es total: si Febvre comprendía la historia como ciencia del hombre, de los hechos humanos,¹⁶ Bloch la entendía también como ciencia de los hombres en el tiempo.¹⁷ Nadie enfatizó más esta afirmación originaria que F. Braudel, hasta identificar historia con sociología.¹⁸ Con el establecimiento de este término vago y nunca precisado, elegido intencionadamente así,¹⁹ conferían a la Historia un nuevo y acusado hábito social que explica en gran medida

toire Sociale. Sources et méthodes. Paris, 1967. Introducción al primer Congreso de Saint-Cloud.

¹⁵ En especial con Michelet y sobre todo con Fustel de Coulanges quien había avanzado ya la idea de que la Historia no es la acumulación de acontecimientos, sino la "ciencia de las sociedades humanas". Vid. Barraclough, G., *Tendances actuelles de l'Histoire*. Paris, 1980, págs. 76-77.

¹⁶ "Repito por tanto: no hay historia económica y social. Hay la historia sin más, en su unidad. La Historia es por definición, *absolutamente social*". Vid. Febvre, L., *Combates*, ..., op. cit., págs. 39-40.

¹⁷ Según la feliz expresión de Bloch: "Allí donde huele la carne humana, sabe que está su presa". Vid. Bloch, M., *Introducción a la Historia*. México, 1952, págs. 24-26.

¹⁸ La misión del historiador no es otra que la de abordar las realidades sociales entendidas como "las formas amplias de la vida colectiva: las economías, las instituciones, las arquitecturas sociales y por último (sobre todo), las civilizaciones". Es así que para Braudel "historia y sociología se reúnen, se identifican, se confunden" al ser las "únicas ciencias globales capaces de extender su curiosidad a cualquier aspecto de lo social". Vid. Braudel, F., *La Historia*..., op. cit., págs. 29 y 115-116.

¹⁹ Le Goff, J., "L'histoire nouvelle". En volumen colectivo, *La Nouvelle*..., op. cit., págs. 212-213, muy amante de estos términos imprecisos pero exitosos, como por ejemplo "mentalidad", recoge la justificación del término, en estas clarificadoras palabras de M. Bloch refiriéndose, a sí mismo y a Febvre: "Estamos de acuerdo al pensar que, precisamente, una palabra tan vaga como 'social' parecía haber sido creada y puesta en el mundo por un decreto nominativo de la Providencia histórica, para servir de enseña a una revista que pretendía no rodearse de murallas".

el éxito de esta renovación. No es preciso recurrir a un congreso específico de historia social para comprobar la fidelidad a este planteamiento,²⁰ y así cuando J. Revel escribía en 1979 el balance del medio centenario de la vida de *Annales* alude a la permanencia en la fidelidad hacia los fundadores, que es precisamente entenderla como "historia ciencia social" y mantener la fórmula de "la historia y las ciencias sociales".²¹

Si la palabra "social" define una nueva filosofía, *análisis* es quizás la palabra clave. Si la primera representa el bagaje teórico, la segunda enlaza con una proyección esencialmente práctica, y cremos con Barraclough que el acierto indiscutible de *Annales* está precisamente en la renovación de los métodos.²² Frente a Fontana, no creemos desde luego que exista un necesario divorcio entre teoría y práctica y que la renovación ha sido tanto un problema teórico, único capaz de derivar hacia la ampliación del campo histórico, en modo alguno incompatible con el conveniente y necesario rigor en el análisis. Si la historiografía francesa ha penetrado en muchos otros medios, nos parece que (desde nuestra trayectoria personal y de escuela) ello obedece a que allí hemos encontrado elementos renovadores en la búsqueda y tratamiento de las fuentes, en la correlación necesaria entre las variables, en el manejo crítico de las fuentes seriales o en el empleo constante del método comparativo. El profesor Eiras Roel creo que ha resumido muy bien lo que esto significa al referirse que la clave del cambio en el umbral de 1950 es el paso de una historia descriptiva y episódica a otra analítica y estructural.²³ Una historia, en fin, que ha comprendido que no puede haber síntesis científicas y generalizadoras que no vayan precedidas de un rigor analítico en todas y cada una de las partes integradas en esa globalidad. Pero también tomar conciencia de que siendo fundamental la teoría no es menos cierto que la práctica investigadora demuestra una y otra vez que cuando el análisis se hace con rigor, el modelo de partida se modela, se corrige, se enriquece y raras veces permanece incólume en el

²⁰ Así Soboul afirma tajantemente en Saint-Cloud (1965) que: "Toda la historia y comprendida la más tradicional, depende de la historia social". Vid. Soboul, A., "Description et mesure en histoire sociale". En volumen colectivo, *L'Histoire sociale*..., op. cit.

²¹ Revel, J., "Histoire et sciences sociales: les paradigmes des Annales". *Annales*, 1979, pág. 1361, alude a esta fidelidad de la que *Annales* ha hecho gala recogiendo una frase de Braudel de 1970 sobre este aspecto.

²² Para Barraclough, G., *Tendances*..., op. cit., págs. 71-75, lo revolucionario de los fundadores de *Annales* no estaba en la concepción sino en la manera de llevarla a la práctica; el verdadero cambio "no es tanto teórico como metodológico". Misma interpretación en Cardoso, C.-Pérez-Brignoli, H., *Los métodos de la Historia*. Barcelona, 1976, págs. 388-389.

²³ Vid. Eiras Roel, A., "Para una comprensión de los fundamentos metodológicos de la Moderna Historia estructural". *Revista de Bachillerato*, n.º 2, 1977, pág. 2.

proceso. Ciertamente, para encontrar hay que buscar, pero con frecuencia se encuentran cosas que no se buscaban o bien distintas de las esperadas, lo que obliga al autor a replantear su modelo. Permítasenos un ejemplo: hace unos diez años nadie hubiera puesto en duda la crisis gallega del siglo XVII, pero el análisis de los censos primero y de los archivos parroquiales después, empezaron a poner en solfa esta visión. Esta revisión obligó a profundizar en la evolución del producto bruto campesino, en la marcha de la renta y de los contratos agrarios, en el estudio de los precios, en los cambios de cultivos, en las transformaciones sociales, etc. Hoy aquella estructura en declive no se sostiene, pero admitamos que fue la profundización progresiva en el análisis de las variables fundamentales las que hicieron necesario recurrir a otro modelo interpretativo global muy distinto.

Ciencia social, ciencia analítica, pero la historia es la ciencia de los hombres en el tiempo, pero ¿qué tiempo? Frente al tiempo corto, al tiempo episódico, asistimos también a una profunda renovación. Por un lado el tiempo estructural, la historia lenta pero también la necesidad de integrar el cambio.²⁴ Es la dialéctica entre lo estructural y lo coyuntural; en definitiva, una nueva concepción de la temporalidad histórica. Claro que la dialéctica puede derivar hacia la postura de privilegiar la estructura, línea ya visible en Febvre con sus estructuras mentales, pero culminante con la *Méditerranée* (1949) de Braudel, obra que ha sido definida como el gran aporte estructuralista de nuestra disciplina. El tiempo casi inmóvil del medio geográfico (la Geohistoria) y el marco poco dinámico de lo socio-económico conforman un cuadro casi estable donde se atienden mucho más a las permanencias que a los cambios.²⁵ El principal continuador de esta dirección es con seguridad Le Roy Ladurie con su idea de la historia inmóvil, en realidad la defensa de un ecosistema medieval mantenido desde 1300/1320 a 1720/1730.²⁶ En definitiva un predominio de la sincronía

²⁴ Ya Bloch intuyó perfectamente el problema cuando señala que el tiempo histórico es "por su propia naturaleza, un continuo. Es también cambio perpetuo. De la antítesis de estos dos atributos provienen los grandes problemas de la investigación histórica". Vid. Bloch, M., *Introducción...*, op. cit., pág. 27.

²⁵ La inclinación hacia las estructuras es clara en Braudel. El tiempo "evenemenial" lo admite a regañadientes y el coyuntural es mencionado de pasada, pero no sucede lo mismo con el tiempo de la historia estructural. Baste con retener este párrafo: "El historiador tradicional presta atención al tiempo breve de la historia: el de las biografías y de los acontecimientos. Este tiempo no es, en absoluto, el que interesa a los historiadores economistas y sociales. Las sociedades, las civilizaciones, las instituciones y las instituciones políticas viven a un ritmo menos precipitado". Vid. Braudel, F., *La Historia...*, op. cit., pág. 53.

²⁶ Le Roy Ladurie es un acérrimo defensor del estructuralismo y no duda en afirmar que desde M. Bloch a P. Goubert "los mejores historiadores franceses han hecho estructuralismo con conocimiento de causa o a veces sin saberlo". Vid. Le Roy Ladurie, E., *Le territoire de l'historien*. Vol. II, Paris, 1978, pág. 11.

frente a la diacronía. Con Labrousse el énfasis estructural y estático se transforma en coyuntural y dinámico. Su *Esquisse* ha sido hasta el presente una fuente inacabable de enseñanzas que llegan con plenitud hasta nuestros días.²⁷ Este estructuralismo dinámico fue defendido teóricamente por Labrousse y Soboul en las discusiones celebradas en la Sorbona en 1968.²⁸ La aportación del famoso interciclo labroussiano y la inserción en su seno del acontecimiento ha sido una fuente rica de enseñanzas; la crisis del antiguo régimen es ciertamente una de las adquisiciones capitales de la historiografía moderna.²⁹ Por su parte, la historia coyuntural de los precios, enriquecida por el modelo de Baehrel (1961) ha desembocado en auténticas revisiones en el manejo de la temporalidad histórica. La dialéctica del tiempo largo y el tiempo corto³⁰ es uno de los retos actuales cuyos logros fundamentales serían G. Bois para la historia socio-económica³¹ y los aportes vovellianos en el campo de las mentalidades.³²

²⁷ Para Chaunu, ni siquiera la Méditerranée ha tenido una influencia tan profunda, de tal manera que "hoy día toda la escuela histórica francesa es labroussiana". Labrousse habría escrito "en una bella lengua del Siglo de las Luces, el discurso del método de una nueva historia científica, cuantitativa, ciencia auxiliar de una nueva ciencia económica de la que no necesita tomar más que la problemática". Vid. Chaunu, P., "Conjoncture, structures, systèmes de civilisations". En *Hommage à Ernest Labrousse*. Paris, 1974, págs. 23-25.

²⁸ Para Labrousse la especificidad de la historia está en "el punto dinámico para la consideración de las estructuras". Soboul afirma que para el historiador "una estructura nunca es estable... El análisis estructuralista da un privilegio a la noción de estabilidad, mientras que el análisis histórico lo reconoce a la noción de movimiento". Vid. Labrousse, E. y otros, *Las estructuras y los hombres*. Barcelona, 1969, págs. 99 y 118.

²⁹ Así Vilar cree que el modelo de crisis de "l'ancien type" es un aporte de primer rango. Lo fundamental del mismo reside en la habilidad de combinar en el marco de la totalidad lo cuantitativo y lo cualitativo, lo subjetivo y lo objetivo, lo estructural y lo coyuntural. Vid. Vilar, P., "Réflexions sur la 'crise de l'ancien type': inégalité des récoltes et sous-développement". En *Hommage à E. Labrousse...*, op. cit., pág. 37.

³⁰ Vid sobre este punto el magnífico artículo de Vovelle, M., "L'histoire et la longue durée". En volumen colectivo, *La Nouvelle...*, op. cit., págs. 341-342.

³¹ Nos referimos a Bois, G., *Crise du féodalisme*. Paris, 1976. El autor trata de establecer las leyes de un sistema socio-económico combinando el microanálisis buscando más las coyunturas que las estructuras (aquí se analizan los índices económicos y demográficos con el empleo de una auténtica "econometría medieval") con el macroanálisis o estudio de las relaciones de producción para establecer los mecanismos del crecimiento económico o del decrecimiento.

³² En Vovelle, M., *Piété baroque et deschristianisation en Provence au XVIII^e siècle*. Lib. Plon, 1973, el autor pretende partir del análisis del tiempo corto con el estudio de la deschristianización del año II para insertarlo luego en la problemática de la larga duración entre 1680 y 1789, partiendo del hecho de que el tiempo corto "no ofrece explicaciones satisfactorias" (pág. 18). Más logrado aún nos parece su libro: *Les métamorphoses de la fête en Provence. De 1750 à 1820*. Paris, 1976. Con el empleo cruzado de fuentes (diccionarios, testimonios de viajeros, calendarios y alma-

Que *Annales* es el centro piloto de esta renovación parece indudable, pero para entenderlo es preciso partir de algunos presupuestos que nos parecen fundamentales:

a) Que el fenómeno *Annales* fue el resultado de galvanizar hacia sí una serie de inquietudes de transformación que por entonces sacudían nuestra disciplina. La historia económica contaba ya con algunos nombres que merecen ser retenidos: el francés P. Mantoux, hombre sorprendentemente olvidado por la historiografía, había dado en 1906 lo que podíamos definir como la primera interpretación científica de la revolución industrial; a su lado el belga H. Pirenne renovaba la economía medieval y se ganaba la admiración del mundo historiográfico³³ a la par que era el primero en enfatizar la importancia del método comparativo en una línea pronto captada por otro hombre importante como H. See.³⁴ Basten estos tres nombres para expresar la renovación de unos estudios históricos que no se limitan al campo económico. El holandés Huizinga publicaba en 1910 ese bello libro del *Otoño de la Edad Media* y se ganaba con él un impacto que llega hasta Febvre, que quiere atraerle, sin éxito, a colaborar en su revista. Por su parte la historia política no puede olvidar la obra del inglés Tawney (1926) que, independientemente de las polémicas que generó, introdujo el factor social, capital para entender el proceso revolucionario inglés; a su lado G. Lefebvre con su *Paysans du Nord pendant la Révolution française* (1924) hacía lo propio con la revolución francesa introduciendo el análisis marxista de las contradicciones de clase en el proceso. No olvidar tampoco que en 1911 L. Febvre, con su *Philippe II et le Franche-Comté*, desarrolla

naques, discursos de folkloristas, etc.) analiza la fiesta en el tiempo corto (conformación de un nuevo tipo en 1789-1791, explosión creadora en 1792-1793 y vuelta a la reorganización tradicional a partir de 1793) con el análisis en la larga duración desde fines del siglo XVII a 1820-1830, señalando las permanencias pero también los cambios. Esto le permite comprobar la restauración de la fiesta tradicional tras la revolución, pero también los cambios irreversibles (mercantilización de la fiesta, desarrollo del folklorismo en detrimento de la piedad, laicización progresiva, desaparición de los banquetes funerarios, ruptura con la estacionalidad precedente, etc.).

³³ Febvre habla con énfasis del descubrimiento de Pirenne y de la satisfacción que le produjo el poder contar con él para el proyecto de *Annales*. Vid. Febvre, L., *Combates...*, op. cit., pág. 9. Misma admiración en Bloch, M. *Introducción...*, op. cit., pág. 38.

³⁴ El método comparativo fue defendido por primera vez en 1923 por Pirenne en su comunicación presentada al Congreso de las Ciencias Históricas de Bruselas ("De la méthode comparative en histoire"). En el mismo año H. See publicaba "Remarques sur l'application de la méthode comparative à l'histoire économique et sociale". Para See, H., *Orígenes del capitalismo moderno*. México, 1969 (1.ª edición en 1926), pág. 8, "El método más legítimo y más fructuoso nos ha parecido, en el orden de estudios que ahora emprendemos, que es el método comparativo".

su idea de la historia globalizante.³⁵ Quizás se podrían espigar algunos nombres más; nosotros hemos retenido a los que nos parecían más significativos para probar que existe un clima de cambio no exclusivamente económico y cuantitativista,³⁶ ni tampoco reductible a un solo país. El fenómeno es europeo,³⁷ aunque tampoco hay por qué silenciar una mayor frecuencia de nombres franceses entre los grandes historiadores de entonces. El "tournant" de la hegemonía alemana hacia la francesa se está preparando lentamente.

b) Que se nos presenta como un movimiento que en todo momento quiere enlazar con lo mejor de la tradición historiográfica francesa. Tres nombres a retener sin duda: la figura de Mabillon,³⁸ la más próxima de Fustel de Coulanges, y sobre todos ellos la siempre admirada historia de

³⁵ Para Mairret, la historia de Febvre "... será la concepción estructural que ambiciona sobrepasar el encadenamiento causal por la causalidad de las estructuras". En tal sentido el Felipe II de Febvre es el manifiesto de una nueva historia estructural, frente a la evenemencial, que culmina en Braudel. Vid. Mairret, G., *Le discours...*, op. cit., págs. 72-73.

³⁶ Este exclusivismo creemos que está patente en el pensamiento de Chaunu al hacer derivar la transformación de la crisis de 1929 y de la trilogía de obras compuestas por Simiand, Labrousse y Hamilton. Nos cuesta mucho creer que el bagaje documental de las mismas no tenga que retrotraerse a fechas anteriores y no se puede reducir la labor de Simiand a épocas posteriores a la crisis cuando lleva más de 30 años luchando por la renovación. Tampoco la historia cuantitativa de los precios, a pesar de su indiscutible trascendencia, lo es todo. V. Chaunu, P., "Les dépassements de l'histoire quantitative...", op. cit., págs. 653-654.

³⁷ Quizás explique esto que la empresa de *Annales* sea ante todo una lucha contra el aislacionismo a dos niveles: contra la especialización abusiva propugnan la pluridisciplinaridad; contra el chauvinismo nacionalista proponen la colaboración internacional. Con relación al primer punto es muy significativo que en el comité de redacción inicial figuren un geógrafo (Demangeon), un politicólogo (Siegfried), un sociólogo (Halbwachs) con el que se conecta con la escuela de Durkheim, un economista (Rist) y varios historiadores especialistas respectivamente en historia antigua (Piganiol), medieval-moderna (Bloch, Hauser) o moderna exclusivamente (Febvre). Sobre esta composición vid. Leuilliot, P., "Aux origines des *Annales* d'histoire économique et sociale (1928). Contribution à l'historiographie française". *Mélanges en l'honneur de F. Braudel*. Toulouse, 1973, págs. 317 y sigs. Con relación al segundo punto, Febvre sueña con una proyección internacional de la revista y de ahí la presencia de Pirenne y el proyecto de atraer a Huizinga sin resultado. Vid. Burguiere, A. "Histoire d'une histoire: la naissance des *Annales*". *Annales*, 1979, págs. 1.350-1.351.

³⁸ Bloch en su análisis del método crítico no esconde la admiración que siente por Mabillon, de manera que 1681 es "una gran fecha en la historia del espíritu humano cuando fue definitivamente fundada la crítica de los documentos de archivo". Vid. Bloch, M., *Introducción...*, op. cit., págs. 66-67. Hombres de nuestro tiempo como Le Goff, Chaunu o Corvisier, entre otros, recogen esta herencia de rendido homenaje al célebre maurino.

Michelet.³⁹ Quizás convenga señalar que la admiración de los fundadores de *Annales* por estos hombres, siempre en el centro de sus frases más elogiosas, quizá tenga que ver con que encarnan de alguna manera al historiador por excelencia; no les atraen los filósofos y teóricos de la historia, sino estos otros ejemplos que nunca escribieron una sola palabra sobre teorización de nuestra disciplina.

c) Si consideramos este último aspecto fundamental de valoración y enlace con la tradición, llegaríamos tal vez a la conclusión de que lo que logran concebir L. Febvre y M. Bloch, es la realización de una especie de "puzzle".⁴⁰ Queremos indicar con ello que no representan tanto un conjunto de innovaciones teóricas, ni siquiera temáticas, sino un nuevo estilo con aire polémico⁴¹ y sobre todo la configuración de un programa conjunto con elementos sueltos, tomados de otros, pero que por primera vez consiguen poner en práctica.⁴² Por otro lado, no es un programa cerrado, dogmático, sino abierto, y aquí está probablemente una de las claves del éxito de este movimiento renovador. Por eso se resiste a un encasillamiento de escuela, por eso resulta tan difícil definirlo.⁴³

³⁹ Múltiples son las ocasiones en que Febvre se detiene en el pensamiento de Michelet. En especial admira de él su condena de la historia de partido o de la afiliación a una escuela, porque "en su magisterio no sometió a los espíritus porque no tuvo sistemas... en cambio se preocupó por las ideas y las teorías...". Vid. Febvre, L., *Combates...*, op. cit., pág. 35. Sobre la seducción que ejerce Michelet en los fundadores de *Annales* vid., por ejemplo, Burguiere, A., "L'antropologie historique". En *La Nouvelle...*, op. cit., págs. 40-41.

⁴⁰ Quizás este texto de Braudel reproduzca exactamente lo que queremos decir: "Mucho hay de Charles Victor Langlois y de Charles Seignobos a Marc Bloch; pero desde Marc Bloch la rueda no ha cesado de girar. Para mí, la historia es la suma de todas las historias posibles: una colección de oficios y de puntos de vista, de ayer, de hoy y de mañana. El único error, a mi modo de ver, radicaría en escoger una de estas historias a expensas de las demás". Vid. Braudel, F., *La Historia...*, op. cit., pág. 75.

⁴¹ Burguière señala estos aspectos e incide en ese aire polémico que Bloch y Febvre adoptan en sus recensiones, fundando un estilo directo e incisivo que alimenta una auténtica discusión científica, hasta entonces inexistente. Es así como empieza a hablarse del "espíritu de los *Annales*". Vid. Burguiere, A., "Histoire d'une...", op. cit., pág. 1.350.

⁴² Como muy bien ha indicado Barraclough la renovación no estaba en la imposición de un nuevo dogma o en una nueva filosofía de la historia; en tal sentido los fundadores de *Annales* carecían de una filosofía coherente y esperaban la renovación histórica, más en la práctica que en la teoría. Aquí creo personalmente que puede estar la clave del éxito de la escuela y también el centro de la crítica de Fontana. En cualquier caso, nosotros creemos que lo que en realidad cuenta son los resultados; esto es, la plasmación práctica de sus ideas en obras concretas que muy pronto se convirtieron en modelos a seguir. Vid. Barraclough, G., *Tendances...*, op. cit., págs. 75-77.

⁴³ Por ello Braudel afirma: "No existe una historia, un oficio de historiador, sino oficios, historias, una suma de curiosidades, de puntos de vista, de posibilidades...".

¿De dónde toman los elementos para configurar este "puzzle"? No bastará con pasar revista a las diferentes corrientes historiográficas precedentes y con vigencia en aquella época y recoger de ahí estas piezas sueltas. Esto no debe hacernos olvidar que es más visible lo que rechazan de tales corrientes que lo que toman,⁴⁴ pero incluso esto es perceptible aunque pocas veces hacen referencias concretas; quizás por pruritos de originalidad. En cualquier caso, su aproximación a las diferentes corrientes historiográficas es por naturaleza polémica y agresiva.

El ejemplo de aproximación más agresiva quizás sea hacia lo que nosotros entendemos como historia narrativa,⁴⁵ en especial contra su exclusivismo político que comparte con la historia erudita. En sus andanadas contra esta hegemónica temática política no hacen distinción;⁴⁶ pero con Bloch y Febvre no se inicia esta batalla, sino que simplemente se intensifica. En realidad no hacen sino recoger el espíritu de lucha de Simiand y otros —un Berr o un Lacombe— en este mismo terreno.⁴⁷ Esto explica

Vid. Braudel, F., *La Historia...*, op. cit., pág. 107. Más claras aún las palabras de Febvre, L., *Combates...*, op. cit., págs. 227-228: "Marc Bloch rehusa hacerlo. No define la historia. Porque toda definición es una cárcel... Donde el historiador debe trabajar libremente es en la frontera, sobre la frontera, con un pie en el lado de acá y otro en el de allá".

⁴⁴ Como muy bien ha señalado Burguiere, A., *Histoire...*, op. cit., pág. 1.356, la orientación de *Annales* se ve mejor en lo que rechaza que en lo que propone.

⁴⁵ Englobamos aquí bajo este término a toda una serie de corrientes historiográficas que conformadas, no originadas, en el seno del humanismo italiano configurarían una serie de variantes, algunas de las cuales aún sobreviven en nuestros días como ondas retardatarias de pasadas escuelas. Sus notas más definitorias serían: una gran preocupación por el estilo expositivo, generalmente literario; una marcada orientación pragmática en el sentido más clásico de historia como maestra de la vida o en el sentido más moderno de abogada fiel de los sistemas políticos imperantes (ejemplo sería la historiografía liberal burguesa); un predominio casi absoluto de la esfera política, del ídolo político como diría Simiand; su marcada preferencia por el héroe o individuo egregio regulador único de la marcha de la historia, y un apreciable desdén por la heurística dando paso preferente a las fuentes impresas o literarias aunque en el siglo XX con frecuencia este handicap ha sido superado por influencia de la escuela erudita.

⁴⁶ Chaunu presenta a *Annales* como centro de la batalla contra el exclusivismo político de la historiografía entonces vigente, contra la "crónica mejorada del Estado" que identifica con el positivismo. Vid. Chaunu, P. "Es necesario privilegiar una forma de Historia". En libro colectivo: *El método histórico. Conversaciones internacionales sobre Historia*. Univ. Navarra, 1974, pág. 44. "De 1924 a 1939, ¿cuál fue el combate de los *Annales*? De una parte la lucha contra la historia política, la bestia negra de Lucien Febvre y de March Bloch. Vid. Le Goff, J., "L'histoire..." op. cit., pág. 215. En *Combates* pueden leerse varias recensiones críticas de Febvre contra esta historia político-diplomática.

⁴⁷ Para Simiand había que luchar contra "los ídolos de la tribu de los historiadores". En primer lugar, claro está, "el ídolo político, es decir el estudio dominante o al menos la preocupación perpetua de la historia política... que lleva a dar a estos

que se sientan atraídos por aquellas figuras que, como Voltaire o Michelet, compartieron la necesidad de superar esta historia política encerrada en los despachos ministeriales y en los campos de batalla. Quizás recojan de las mejores manifestaciones de la historia narrativa esa frecuente orientación hacia un estilo cuidado e incluso literario. En Febvre, sobre todo, pero también en Braudel, en Chaunu o en Le Roy Ladurie, por citar sólo algunos nombres significativos, no es difícil encontrar innegables dotes literarias que, sin duda, han recibido de aquellos grandes maestros que les han precedido.

Más aguerriada aún, tal vez, es su aproximación a la historia erudita que ellos identifican como positivista.⁴⁸ Esta agresividad es más apasionada que racional y justa. Se centra sobre todo en la personalidad de Febvre, convirtiendo a Halphen y a Seignobos en el blanco de sus más aceradas críticas en una postura que entraña una aguda contradicción con su propia trayectoria personal,⁴⁹ así como una simplificación abusiva de sus pensa-

acontecimientos una importancia exagerada". Para Simiand los hechos políticos no han de ser ignorados, pero sí deben perder su lugar preeminente. Vid. Simiand, F., "Méthode historique et science sociale". *Annales*, 1960, pág. 117.

⁴⁸ Creemos que esta confusión debe ser evitada y entender como tal una historia concebida y realizada de manera diametralmente opuesta a la historia narrativa. Conformada en el siglo XVII con la aparición de la erudición moderna (Bolland, Mabillon, Tillemont, etc.), alcanza su plenitud en el siglo XIX con la *escuela histórica alemana* y sus imitaciones en el plano de las realizaciones prácticas y de sus formulaciones teóricas un poco más tarde por los Langlois, Seignobos, Halphen, Lord Acton, etc. La sobriedad en el estilo, la preocupación por una metodología crítica que alcanza sus mejores momentos en el marco de la crítica interna, la obsesión por las fuentes escritas en detrimento de las preocupaciones teóricas y la objetividad histórica expresada en el famoso "realismo ingenuo" rankiano, serían sus notas más definitorias. La versión más acabada de estos y otros puntos menores puede verse en Seignobos, Ch., *El método histórico aplicado a las ciencias sociales*. Madrid, 1923. Una lectura desapasionada de la misma podría arrojar importantes sorpresas—independientemente de sus limitaciones— para quienes, continuando con la desvirtuación iniciada por los fundadores de *Annales*, menosprecian y ridiculizan sus presupuestos. Para nosotros el problema central es que no realizaban en la práctica lo que patrocinaban en la teoría.

⁴⁹ Contra P. Valéry escribe Febvre: "... nosotros, los amigos de Michelet, desde mi viejo maestro Gabriel Monod hasta su alumno Henri Hauser, desde Marc Bloch hasta Renaudet, desde..., pero somos demasiados. Que no sabemos la historia, evidentemente. De vez en cuando personas que sí la saben (en su opinión) nos dan una reprimenda que sufrimos con deferencia". Vid. Febvre, L., *Combates...*, op. cit., pág. 225. Además de este reconocimiento a Monod convendría no olvidar que Febvre escribía con cierta frecuencia en la *Revue Historique* que aquél había fundado. Creemos que Braudel respalda nuestra interpretación cuando considera a Febvre como "heredero de millares de historiadores que ayer han establecido lentamente las bases de nuestro oficio... Lucien Febvre es un continuador. Por sus maestros, un Gabriel Monod, un Gustavo Bloch, se alinea en esta tradición histórica". Vid. Braudel, F., "Lucien Febvre et l'histoire". *Annales*, 1957, pág. 179.

mientos.⁵⁰ No debe sorprender que espíritus más reposados como Bloch o Braudel cambien los dardos de aquél por reconocidos sentimientos de admiración hacia sus viejos maestros.⁵¹ Y es que, en efecto, a través de los Monod, Seignobos, Langlois, etc., reciben la herencia de maurinos y bollandistas que en modo alguno tienen deseo de descartar o despreciar sino de asimilar. Si Bloch es el mejor defensor de Mabillon en esta primera generación,⁵² Chaunu, Le Goff, Flandrin o Barraclough lo serían en la siguiente. El combate no es, pues, metodológico—hubiera sido lamentable que así fuera desde nuestro punto de vista— sino teórico; es decir, la auténtica oposición se centra en el rechazo abierto del realismo ingenuo rankiano y sus imitadores, en la oposición al objetivismo absoluto defendiendo por el contrario el subjetivismo^{52 bis} y, por último, en la necesidad de unir la superación del fetichismo ante los textos escritos con la ampliación de las fuentes históricas, aspecto éste brillantemente defendido por Febvre en párrafos bien conocidos.⁵³

El tercer enfrentamiento polémico creemos que se produce con el historicismo, pero se trata de una diatriba a la postre más positiva que nega-

⁵⁰ Pensamos en la valoración del planteamiento de cuestiones en Seignobos precedente de la historia problema de Febvre, así como la defensa de la cuantificación y del hecho repetitivo o su consideración de la historia social más próxima a la historia total de Febvre de lo que éste piensa. Nos alegra coincidir con Mairét al destacar la contradicción entre las concepciones teóricas avanzadas de Seignobos con su práctica de historiador. Así afirma que "... la noción de estructura... está presente en el pensamiento de Seignobos; asimismo, en un artículo publicado en 1898 ("L'inconnu et inconscient en histoire") "presiente la diferencia entre historia estructural e historia evenemencial". Vid. Mairét, G., *Le discours...*, op. cit., págs. 74-75.

⁵¹ Así Bloch, M., *Introducción...*, op. cit., pág. 18, habla de ese "hombre de inteligencia tan viva que fue mi querido maestro Charles Seignobos", aunque lamenta su falta de intrepidez intelectual. Braudel, F., *La Historia...*, op. cit., págs. 22-23, escribe: "No tenemos nada que reprochar a la crítica de documentos y materiales históricos. El espíritu histórico es básicamente crítico. Pero, más allá de prudencias evidentes, es también reconstrucción, como ha sabido decir con su aguda inteligencia Charles Seignobos en varias ocasiones".

⁵² Vid. nota 38. Sobre la importancia de esta tradición continuada con la École de Chartes plenamente asimilada, vid. Le Goff, J., "L'histoire...", op. cit., pág. 213.

^{52 bis} Pillorget presenta a L. Febvre como un pionero en la lucha contra la objetividad, entendiéndola como "ingenuidad suscitada por el positivismo rudimentario" en la línea que luego remacharían Aron, Marrou y E. Carr. Vid. Pillorget, R., "Objetividad, simpatía y juicio en la profesión del historiador". En volumen colectivo: *El método histórico...*, op. cit., págs. 110-111.

⁵³ "Hay que utilizar los textos, sin duda. Pero todos los textos. Y no solamente los documentos de archivo en favor de los cuales se ha creado un privilegio". Vid. Febvre, L., *Combates...*, op. cit., págs. 17-31. Sin el desarrollo de los estudios geográficos, de las expediciones arqueológicas y de los primeros estudios de sociología religiosa con Le Bras, sería poco probable la amplitud de miras que Febvre aflora en estas páginas.

tiva. Creemos que la postura machacona e insistente de Febvre sobre el papel del historiador en la elaboración de sus fuentes y en el planteamiento de hipótesis, es decir su famosa *historia-problema*,⁵⁴ tiene mucho que ver con el denodado énfasis que los historicistas pusieron en la valoración de la teoría⁵⁵ y en el énfasis del papel del historiador en la elaboración del discurso histórico.⁵⁶ Claro que se pueden apreciar matices diferenciales: mientras los historicistas acentúan la interpretación subjetiva favorecida por el alejamiento de las fuentes históricas, lo que obliga a las rectificaciones de un E. Carr, por ejemplo,⁵⁷ los nuevos historiadores aceptaron sin temor este subjetivismo porque, como profesionales de oficio, nunca han renunciado ni a las fuentes ni a la tradición crítica. En otro punto creemos ver también la conexión con el historicismo: nos referimos al presentismo. Con certeza, los fundadores de *Annales* han comprendido, al igual que ya lo habían hecho los historicistas, que la Historia está en función de un presente cambiante de que dependen la naturaleza y la manera de cuestionar el pasado,⁵⁸ pero introducen matices nuevos fundamentales. Hay que in-

⁵⁴ "La característica fundamental de la concepción de la historia de Lucien Febvre es el problema". Es así que la historia al igual que sucede en cualquier otra ciencia, es un "problema a resolver". "Es por ello que, plantear un problema, es el comienzo y fin de toda historia. Si no hay problemas, no hay historia". Vid. Massicotte, G., *L'histoire problème. La méthode de Lucien Febvre*. Quebec, 1981, págs. 19 y 33-34.

⁵⁵ En tal sentido vemos una línea de continuidad en el combate de un Croce o de un Ortega y las posturas de un Febvre o un Braudel. El objetivo en todos los casos es el mismo: detrás de la crónica como cadáver de historia (Croce), de los burócratas expedientadores del pasado (Ortega), de la historia de "tijeras y engrudo" (Collingwood), de la historia relato (Febvre) o del historiador como pintor detallista y paisajista (Braudel), se desarrolla un ataque a la corriente erudita desprovista de teoría. La formulación de un Aron de su concepción de la historia coetánea a la de un Febvre no es ninguna casualidad, sino un claro exponente de una lucha común. Sobre esta necesaria participación del pensamiento teórico en la construcción del objeto científico, independientemente de su naturaleza, vid. Eiras Roel, A., "Para una comprensión...", op. cit., págs. 7-9.

⁵⁶ Como señala Braudel, el pensamiento de Dilthey y su familia no "recibe ningún desmentido con la obra entera de Febvre. Para él, con seguridad hay historiador. Con una "H" mayúscula, este creador, este deformador de la historia. ¿Qué de veces no lo había sostenido?" Vid. Braudel, F., "Lucien Febvre...", op. cit., pág. 181.

⁵⁷ Para E. Carr era claro que no debería existir ni supremacía del hecho histórico, ni interpretación exclusivamente mental del historiador a fin de evitar visiones apriorísticas. La Historia había que descargarla del radicalismo subjetivista y entenderla "como un proceso continuo de interacción entre el historiador y sus datos". Vid. Carr, E., *¿Qué es la Historia?* Barcelona, 1967, págs. 35-40.

⁵⁸ Como señala Febvre, L. *Combates...*, op. cit., pág. 70: "La Historia responde a las preguntas que el hombre de hoy se plantea necesariamente". Desde un ángulo similar Croce ya había comprendido antes que toda historia era en cierta medida una historia contemporánea al ser el producto de un pensamiento histórico cambiante. Vid. Fernández Álvarez, M., *Evolución del pensamiento histórico en los tiempos modernos*.

terrogar al pasado con los esquemas del presente, pero sin olvidar que se interroga a un mundo distinto que requiere acomodaciones en los conceptos y palabras empleadas; nadie como Febvre ha insistido tanto en combatir los peligros del anacronismo.⁵⁹ El otro matiz fundamental, que puede encerrar esta cuestión del presentismo, arranca de la obra de M. Bloch: en vez de partir del pasado para conocer el presente o interpretar el pasado a la luz del presente, Bloch propugna ambas cosas, pero sobre todo lo segundo, asentando el método recurrente de enorme potencialidad operativa. La Historia como conocimiento regresivo desde lo mejor conocido a lo menos conocido era aplicado por primera vez en 1931.⁶⁰

Si en estos dos puntos hay coincidencias con matices, la oposición frontal se establece al nivel de la concepción del hecho histórico. La nominación de historia serial es la manifestación más meridiana de esta superación central, frente al historicismo, en lo que se refiere a su concepción del hecho histórico como singular e irreplicable. Con las obras de Simiand y

Madrid, 1974, pág. 55. Sobre los peligros de este planteamiento que puede privar a la historia "de su estatuto científico" puede verse Schaff, A., *Historia y verdad*. México, 1974, págs. 128-132. Similares reproches hacia Croce en Lapeyre, H., "Retour à Croce". *Revue Historique*, 1971, págs. 83-84.

⁵⁹ En múltiples ocasiones toca Febvre este punto. Así cuando se enfrenta a la supuesta incredulidad de Rabelais, niega tal posibilidad, pues "hablar de racionalismo y libre pensamiento en una época en la que contra una religión que, domina universalmente, los hombres más inteligentes, los más eruditos, sabios y temerarios eran incapaces de descubrir, de hallar un apoyo, ya en los filósofos, ya en la ciencia, es hablar de una quimera". Sería cometer "el más grave y el más ridículo de los anacronismos". En el mismo sentido, hablar de ciencia en una época que no posee adecuados métodos de medición, ni lenguaje científico, que confunde lo histórico con lo mítico, etc. es también un anacronismo y lo que priva es la imagen del sabio "disfrutando a puertas cerradas su verdad" (pág. 366). Vid. Febvre, L., *El problema de la incredulidad en el siglo XVI. La religión de Rabelais*. México, 1959 (1.ª edición en francés, 1942). En un plano muy distinto, ahora de historia económica, también Mauro, F., *Des produits et des hommes*. Paris, 1972, págs. 6 y sigs. se plantea la posibilidad de emplear para la época moderna términos como economía medieval, renta nacional, flujos monetarios, etc. pero siempre y cuando seamos capaces de integrarlos en su propio sistema como hace Labrousse.

⁶⁰ "La incompreensión del presente nace fatalmente de la ignorancia del pasado. Pero no es, quizás, menos vano esforzarse por comprender el pasado si no se sabe nada del presente". Vid. Bloch, M., *Introducción...*, op. cit., pág. 38. Muchos son los párrafos en que Bloch ha insistido en esta idea troncal. Así cuando nos dice que "para interpretar el pasado es, primero, hacia el presente... hacia donde hay que mirar" o cuando afirma que el historiador "necesita casi siempre leer la historia al revés". Esto lo definía Bloch como método regresivo y lo aplica al campo de la historia rural a través de la noción clave de "régimen agrario" que permite establecer las diferentes "civilizaciones agrarias" a partir de las actuales mejor conocidas. Vid. Bloch, M., *La historia rural francesa: caracteres originales*. Barcelona, 1978, págs. 30 y 32 para las citas textuales.

Labrousse el funeral de aquella vieja formulación quedaba consumado.⁶¹ Claro que aún continuaría manteniéndose en muchos círculos historiográficos alimentando nuestro complejo de inferioridad frente a las ciencias físico-naturales.

Más fácil y fructífera será la conexión con el marxismo favorecido, claro está, por la concordancia en puntos neurálgicos: concepción totalizadora o globalizadora, estructuralismo de base, preferencia por las masas anónimas, inclinación hacia el análisis de los procesos económicos y sociales y por la potenciación del estudio del proceso de formación de las clases sociales. Ciertamente se han señalado las reservas e incluso críticas de Febvre y de Bloch hacia el marxismo,⁶² en buena medida explicable por la rigidez metodológica del marxismo de entonces, pero la penetración se hace visible a través de G. Lefebvre y sobre todo de Labrousse por su trascendencia posterior.⁶³ La obra Labroussiana hace posible la figura de P. Vilar, historiador central en la renovación de la historiografía marxista. Pero la influencia marxista no puede reducirse a estos autores: de una manera implícita está presente en figuras como Le Goff, Duby e incluso en el propio Goubert y sus discípulos, y de una manera explícita en Vovelle, Godelier, Wallenstein, Bois, o en la reciente obra del alemán Medick, con su excepcional contribución a la teoría de la transición del feudalismo al capitalismo, al decir de Bois.⁶⁴

Hemos dejado para el final el conjunto de influencias más decisivas y que reúnen a los hombres más citados y admirados por los fundadores de *Annales*. Nos referimos, aunque parezca paradójico, al positivismo. Esto nos obliga a detenernos, aunque sea brevemente, en señalar el enorme equívoco existente con relación a este término hoy empleado con escasa precisión.

⁶¹ Una magnífica crítica de P. Vilar a R. Aron refiriéndose a esta cuestión central puede verse en Vilar, P., *Crecimiento y desarrollo*, Barcelona, 1974, págs. 356-357.

⁶² Para Revel, tal postura derivaría de sus instintos comunes de rechazar cualquier construcción teórica obligatoria. Por eso prefieren una aproximación global como proyecto teórico pero apoyado en una andadura empírica. Vid. Revel, J., "Histoire et sciences...", op. cit., pág. 1.367.

⁶³ Para Bouvier la influencia marxista en *Annales* se ejerce al fusionar economía e historia. En este sentido la obra de Labrousse es fundamental al representar una cierta fusión de Marx y Simiand enriquecida por el oficio de historiador. Vid. Bouvier, J., "Tendances actuelles des recherches d'histoire économique et sociale en France". En volumen colectivo, *Aujourd'hui l'histoire*, Paris, 1974, págs. 133-134. Bois, G., "Marxisme et histoire nouvelle". En volumen colectivo, *La Nouvelle...*, op. cit., pág. 379, no admite tal fusión "pues esto es omitir que ha rechazado siempre —se refiere a Labrousse— con obstinación el concepto central del materialismo histórico (el modo de producción) y que por esta razón su obra histórica, por muy importante que sea, permanecerá marcada por una tonalidad 'economista', medio coyuntural, medio malusiana".

⁶⁴ Vid. Bois, G., "Marxisme...", op. cit., págs. 380-385.

Al confundir método positivista con espíritu positivo —entiéndase objetivo o aséptico— los fundadores de *Annales* tendieron a identificar como positivistas a aquellos historiadores que sólo admitían críticamente los hechos y cuyo relato histórico se atenía exclusivamente a ellos.⁶⁵ Así el término de "historia historizante" acuñado por H. Berr, muy usado por Simiand y vulgarizado por Febvre y Bloch, o la expresión "historia evenemencial", creada por Lacombe y acogida por Braudel, no tenían como blanco a los positivistas como tales; esas definiciones despectivas apuntaban a los Monod, Halphen, Sagnac, Seignobos, Lord Acton y el grupo responsable de la primera edición de la *Historia Moderna de Cambridge*, etc. En realidad, con tales términos descalificadores, venían a condenar a un conglomerado de ideologías metidas en un mismo saco: el exclusivismo político de la historia narrativa, los hechos singulares e irrepetibles del historicismo y, sobre todo, la pasividad ante los hechos históricos y el predominio político propios de la historia erudita. Este ataque lanzado en Francia, creemos nosotros, por Simiand y otros pensadores de su generación, fue recogido —aunque no convenientemente citado— por la siguiente generación coincidente con los fundadores de *Annales* y especialmente por ellos, y vulgarizado hasta nuestros días por repetición mimética.

Por el contrario, creemos que debe retenerse el término positivista y evitar la visión estereotipada de la escuela positivista,⁶⁶ limitando su asignación al fundador del método (Comte), a quienes hicieron el esfuerzo de llevarlo al terreno teórico y práctico de nuestra disciplina (H. Taine, L. Bourdeau, Buckle, etc.) y, finalmente, a quienes lograron consolidarlo de manera efectiva, como sucede con la figura de F. Simiand, a la que consideramos clave en la evolución del positivismo. La superación y sustitución del hecho singular por el repetitivo, el carácter nomotético de la Historia asentado en la unidad de método en el conjunto de las ciencias, la introducción de los métodos cuantitativos en el proceso de análisis, la búsqueda de la interdisciplinaridad y la concepción del conocimiento histó-

⁶⁵ Creemos que ha sido Carbonell el que ha planteado con mayor acierto este tema que consideramos de suma importancia. Así este autor rechaza el triunfo de la corriente positivista en la Francia de fines del siglo XIX y centrada en los Monod, Langlois, Seignobos y Lavissee. "Nada es más falso que esta evidencia... De hecho no ha habido en esta época escuela o corriente positivista entre los historiadores franceses". Las obras de estos sedicentes historiadores positivistas "están por sus caracteres en las antípodas de una historiografía positivista auténtica". Vid. Carbonell, Ch., *Histoire et historiens. Une mutation de historiens français, 1865-1885*. Toulouse, 1976, págs. 401-407.

⁶⁶ Sobre esta visión estereotipada del positivismo vid. Barraclough, G., *Tendances...*, op. cit., pág. 20.